

EN LA FAMILIA

Avanzo por el corredor, en cada mano bolsas de supermercado. El olor a cloro persiste en mi piel, a pesar de la ducha prolongada. Busco la esquina entre la refrigeradora y la mesa para colocar las bolsas. Alguien podría creer que soy un perro en busca de desperdicios. En cuatro patas. Jadeante. Con la cara metida en el plástico. Sin embargo, soy yo que acierto con las donas de azúcar. Muerdo una y llevo la otra en la mano derecha. Voy hacia el estudio. Juan José trabaja esa mañana de sábado. Como todo sábado, la pregunta ¿qué tal la piscina, Ita? recibe una respuesta favorable. Siento la espalda menos tensa, los hombros más aliviados.

Entregada la dona, vuelvo a la cocina. Dejo que caigan gotas de mi pelo, como el camino de pulgarcito para asegurarse la vuelta. La vuelta a un hombre estable, de cuentas más o menos cabales, buen anfitrión en comidas ofrecidas a los amigos, de fácil conversación, quien no logra detener mis angustias puntuales cuando llego al bosque oscuro y todos los senderos se bifurcan en la nada. A él regreso con las uñas comidas,

con media espalda lastimada por un peso que, por mucho tiempo, no pude nombrar.

Escucho el buzón de mensajes. La voz de mi madre se repite dos veces. Hago cuentas. Hoy cumple setenta años, aunque no lo parece. Me invita a su fiesta. Sus palabras se sumergen en una melodía dulzona de típica curadora. No la tipología de quien cura arte. Ella lo hace en una Galería. Habla con el afecto desmedido de quien cree que ya curó sus heridas y debe curar las de los demás. Su boca es una larga venda que a unos consuela y a otros nos asfixia. La he escuchado decir que soltó las opresiones internalizadas, con esas precisas palabras. Como dice ella, no hay plenitud posible sin la mente liberada.

La misión sanadora de mamá. Podría ubicarla en una línea temblorosa de tiempo a la altura de cuando mi hermana Fabiola se postró en el suelo y se rindió al reino. Estaba sola. La madre ausente. El padre encallado en el silencio. Ella vivía en un país ensordecido por los gritos. Gritos del pastor Ríos Montt y, a sus pies, los cristianos de Verbo, de Elim y no sé cuántas sectas más levantando los brazos en alabanza al Dios guerrero que todo lo puede. Gritos subterráneos de otros que resonaban en la indiferencia. Lenguas que no se entienden. Ulula la ciudad.

En medio de lo inaudible, la niña de clase media ascendente está aterrada porque nadie le fija el camino. Se topa un día con el dogma de la alegría cotidiana, le dicen que el significado solamente es posible cuando viene de la luz de un Dios amigo del orden, de la confesión, de los zapatos bien lustrados, del cuadro de la sagrada

familia. Ellos, los miembros del Opus Dei, son su familia. Fabiola, mi hermana, es la elegida. Ellos le dieron sentido a todo. Ellos le siguen dando sentido a su ir y venir en los colegios de los hijos, en la casa, en las obras sociales; a las tantas tareas domésticas que ejecuta con rostro de santa, ojos hacia arriba, labios finos que no tiemblan, manos a la obra que el tiempo perdido es el demonio.

Hermana y madre en busca de trascendencia. En el medio de sus búsquedas, mi soledad vulgar arranca en sesiones interminables de televisión viendo caricaturas y telenovelas con la empleada de turno. De *Colorina* a *Mundo de juguete* a *Los Picapietra* a *Los Supersónicos* a *Los ricos también lloran*. Sigue en las clases de natación que calmaron el declive de mi pequeño mundo. A pura brazada, esforzándome por aguantar la respiración, tocando el fondo de la piscina, fui sacando oxígeno para no odiar el mundo. Bajo el agua ahogué la ilusión de los paseos dominigueros, el impulso al abrazo de las doce y los felices cumpleaños cantados a una sola voz o por turnos, porque mi familia desertó muy pronto.

Con la adolescencia, vinieron mis enamoramientos. Picaflor me llamó Marisa, mi mejor amiga. Ninguno de los novios conmovió mis entrañas. Tampoco mamá, cuando pasados los años duros de la separación, intentó restablecer el contacto. De Fabiola recibió tres palabras: no me busques. De mi parte, nos encontramos en uno de esos cafés que abren hoy y cierran mañana. Improvisado y sin futuro, como nuestra relación. Ella siguió llamándome y yo seguí

atendiendo sin hablar nunca del pasado. Debo ir a su cumpleaños y no tengo ganas.

Los rayos del sol de este marzo encendido van secando mi pelo. Me siento en un banco junto a la ventana. Veo las bolsas del supermercado. Ya están vacías. No quiero moverme de allí. Me balanceo para matar el tiempo. Tiento mi equilibrio hasta el extremo. Juego con mi pelo alborotado. Los dedos se hunden en el recuerdo. Mamá aparece sonriente en la puerta del colegio, con el corte de pelo buscado por semanas. El barbero encargado de pelar a los estudiantes del instituto militar lo había conseguido. El primo del barbero, el conserje de la Facultad de Humanidades donde trabajaba mamá, le había garantizado el resultado. Y no defraudó. Como cabo de línea. Así veo a mamá, con el pelo a ras del cuello a puro navajazo y rasuradora. Así aparece también en una de las fotos que vi en el periódico *El Gráfico*, poco antes de mi décimo cumpleaños, cuando expuso en la Galería el Túnel. La fotografía capta una mujer abrazada a unos tecolotes de barro, esos que se compran en los mercados, con barbas negras y unos penes rosados de plástico. Enfrente de esa mujer calva y de ojos enormes, mi madre, un letrero rezaba “los pensantes guatemaltecos”. Nunca entendí la rareza de esa foto, pero sí la desnudez de su cabeza y la impunidad de su rostro. Esta fue la imagen de mamá por mucho tiempo, hasta un poco antes de los Acuerdos de Paz. Por esa época, el pelo largo y encanecido la enredó con Felipe, el último cuerpo masculino al cual asir su ineptitud para la soledad.